



## La potencia creadora de una mirada contemplativa

*Isabel de Azcárraga Alonso*

10.1.2002

El cine tiene un poder sacralizador mayor al de otras artes que posee debido a su capacidad de fotogenia: “corresponde a su naturaleza el despertar fascinación por lo humano y lo cotidiano. Si un hombre corriente se convierte en tema de un cine de calidad, la proyección de sus valores, en medio de circunstancias habituales, se constituye automáticamente en gesta heroica para la contemplación de la audiencia”. San Josemaría, a través de una espiritualidad que reconcilia la contemplación con la acción, supo comprender y enseñar cómo en la moral el gusto y el respeto por la belleza juegan un papel esencial.

Hay un momento en el libro del Éxodo donde se nos cuenta de qué forma Dios enseña a Moisés cómo orientar al pueblo de Israel hacia su relación con Él. El Señor desciende hasta las pautas más concretas. Le manda construir un tabernáculo conforme a especificaciones muy detalladas acerca de cómo debía ser el santuario, sus tapices —indica incluso las longitudes—, las lámparas, la estructura arquitectónica, el altar, el atrio... Y al darle las normas sobre el santuario y los sacerdotes —que son no sólo sustentadores del culto, sino también defensores de la fe y transmisores de la doctrina— le dice:

«Haz venir junto a tí de entre los hijos de Israel a Aarón, tu hermano, y a sus hijos para que ejerzan mi sacerdocio [...]. Harás vestiduras sagradas para Aarón que expresen su gloria y esplendor. Hablarás con todos los artistas, a quienes he colmado de espíritu de sabiduría, y ellos confeccionarán las vestiduras de Aarón para que oficie el sacerdocio en mi honor» (1).

Un poco más adelante, Dios habla a Moisés específicamente de los artistas: «Mira, he llamado por su nombre a Besalel, hijo de Urí, hijo de Jur, de la tribu de Judá, y le he llenado del espíritu de Dios dotándole de sabiduría, inteligencia y experiencia en toda clase de trabajos para idear y realizar proyectos en oro, plata

y bronce; para labrar piedras de engaste, para tallar madera y realizar cualquier tarea. Yo mismo le he dado como ayudante a Oholiab, hijo de Ajisamac, de la tribu de Dan; además, en el corazón de todo artista he infundido sabiduría para que puedan realizar todo lo que te he ordenado [...]. Todo deben hacerlo según te he ordenado» (2).

Muestran estos pasajes cómo al principio de los tiempos la vocación de artista nace como una forma de participación en el don de sabiduría, participación que capacita a quienes la reciben para ayudar a elevar el espíritu del pueblo a Dios a través de las cosas materiales, para “materializar” la presencia de Dios en medio de los hombres, para construir el templo de Dios por medio del mundo.

### **La ruptura moderna del trascendental**

La predicación de San Josemaría tiene lugar en plena incubación de la crisis de la modernidad en España. Esta crisis afecta a las artes de forma nuclear, y puede considerarse la principal causa del desconcierto y el “descriterio crítico” —valga la redundancia— que se aprecia en buena parte del ambiente artístico en nuestros días.

Lo que la modernidad —sirviéndose en gran medida de uno de sus conceptos fundamentales, la *libertad de conciencia*— rompe no es sólo la relación de la criatura con el creador —y por tanto toda posibilidad de ética objetiva o planteamiento moral de la vida—, rompe con ella la identificación entre los radicales del ser: Unidad, Belleza, Bien, Verdad (3). Esa desintegración encuadra el mundo del arte en la modernidad, y es la raíz de la pérdida del sentimiento de lo sagrado que podría señalarse hoy como uno de los síntomas más graves del empobrecimiento de las personas y de las sociedades.

En este contexto de “desacralización” del arte, va tomando forma cierta actitud timorata de muchos creyentes piadosos hacia estos ámbitos. De alguna manera, los entornos cristianos, afectados por temores fundados, se dejan llevar por la “debilidad” de supeditar la estética a la moral, poniendo el acento, casi exclusivamente, en la oposición entre el bien y el mal, sin tener suficientemente en cuenta la oposición, no menos esencial, entre lo bello y lo feo.

### **Una concepción estética de la moral**

San Josemaría, a través de una espiritualidad que reconcilia la contemplación con la acción, supo comprender y enseñar cómo en la moral el gusto y el respeto por la belleza juegan un papel esencial. Por una parte, su preocupación, cultivada y espléndida, por el cuidado de la liturgia y de la inspiración artística de los lugares dedicados al culto, es abiertamente contraria a la actitud de repulsa de la belleza

sensible y al moralismo hipertrofiado que contagió diversos ámbitos del culto cristiano. Para una sensibilidad bien afinada, el arte relamido y cierta clase de música y literatura llamadas “religiosas”, difícilmente pueden convertirse en medio de comunicación de la pureza divina. Porque, más allá de cierta altura, los universales se unifican: una virtud muy alta aparece siempre radiante de belleza y una obra maestra de arte eleva no solamente los espíritus, sino las almas.

Esta es la causa de que los caracteres más nobles tengan una concepción estética de la moral, donde el bien es para ellos un objeto de contemplación, a la vez que de acción: es una acción que se puede contemplar. También perciben con mayor nitidez la fealdad que encierra el mal. En estas personas, la virtud no se preocupa tanto del premio o del castigo, sino que el bien ejerce sobre ellas la misma atracción irresistible que una buena pintura o un buen poema, y el mal la misma repulsión que un cuadro de pésima calidad o unos versos mediocres (4). Cuando en el horizonte vital se dibuja como objetivo la plenitud del amor más que el estado de perfección, la virtud se enriquece con la nobleza —el desinterés en la acción— y, de alguna manera, la distinción entre lo bello y lo feo cobra prioridad sobre la distinción entre lo bueno y lo malo. Por eso en San Josemaría no prospera una actitud de temor al arte, sino que por el contrario, como todo artista verdadero, lo vive como camino de encuentro con lo sagrado.

Nos situamos, de esta forma, frente a un verdadero cruce de caminos, a un punto de encuentro, a la síntesis entre arte y fe. Contemplación y acción se integran en la predicación de San Josemaría en una unidad profunda, en el encuentro entre lo poético —fuertemente sustentado en la fe—, una creencia amarrada a la necesidad de la belleza y una geometría vital —trazada con claridad y austeridad— que encuentra su expresión en la divinidad del gesto humano y en el amor por la polifonía y su fundamento en el acierto de saber contextualizar la herencia histórica y el pensamiento de la época. La fuerza de este espíritu hace posible, una y otra vez, aún en el espacio *más profano* de la sociedad, ese “religare”, ese acto comunitario de coincidencia en lo bello, en lo superior, en el hecho artístico que a la vez es ofrenda.

### **Capacidad de deslumbramiento**

El que fuera durante más de 20 años su secretario y confidente, Javier Echevarría, asegura: «a nuestro Padre se le quedó muy grabada una definición escolar que aprendió de pequeño: “inefable es lo incomparablemente bello que, al romper con su esplendor la armonía de lo creado, despierta en nosotros la idea de lo infinito”. La aplicaba a la acción continua de la Providencia, para descubrir la belleza de lo aparentemente más humilde, porque encierra el *quid divinum* —infinito e inefable— del posible encuentro con Dios» (5). Lo bello nos secuestra

la consciencia, nos asalta y reclama nuestra contemplación sin pedirnos permiso. Y además sin finalidad productiva aparente: simplemente nos aprehende. No lo contemplamos “para nada”, estamos secuestrados. La definición de Escrivá es magistral, reúne con gran elegancia esos aspectos: “inefable”, no contemplamos para comunicarlo, es algo que queda dentro de nosotros, algo de tal intimidad que no puede darse del todo; “romper”, es un asalto, nos despierta pero sin pedir permiso. Lo feo será aquello que nos repugna para la contemplación, resiste a la contemplación.

La capacidad de deslumbramiento, de inspiración, de encuentro con lo sagrado (6), en los gestos cotidianos del devenir humano, es camino para la “redención” de esa ruptura entre los radicales del ser que nos trajo la modernidad. Recuperar los temas sencillos —que ya estuvieron presentes, por ejemplo, en los pinceles de los clásicos—, hacer de la vida corriente tema del arte (7), para devolver a las realidades humanas, a través del misterio que despierta la belleza del arte, su carácter sagrado (8). Si el arte es, por naturaleza, lugar de encuentro con lo sagrado, al hacer de la vida cotidiana lugar de encuentro con lo sagrado, la vida cotidiana será arte y seremos capaces de hacer arte de la vida cotidiana (9). Esta tarea requiere la actitud del *contemplativo itinerante*, porque el criterio de la verdadera belleza es que pueda ser a la vez contemplada y vivida. Y esa síntesis de distancia y de intimidad, del objeto y del sujeto, es la imagen de Dios en la tierra. En palabras de Juan Pablo II “Dios se deja vislumbrar en vuestro espíritu mediante el encanto y la nostalgia de la belleza”(10).

El verdadero artista comparte con San Josemaría esa vocación de ser *contemplativo itinerante*, revelador de Dios en las circunstancias más normales, y el camino trazado por nuestro Padre es consuelo y descanso, paz, para la inspiración del artista cristiano.

### **Creación artística y acción providente**

Bajo esta concepción, el arte no puede considerarse simplemente un medio de comunicación, es una vía de Revelación, porque en la medida que posibilita el conocimiento de la Belleza, nos hace accesible el Bien y la Verdad. De esta forma, el artista desempeña el papel de ser el “evangelista” de la cultura, el encargado de “escribir”, con el medio que sea, la revelación entre los hombres, de traducirla a los gestos más cotidianos de la vida. Y, de algún modo, su vocación a la belleza es participación en la misión del hagiógrafo.

¿Quién mejor que el artista ejemplifica esa *esclavitud* de la que habla San Josemaría en *Amigos de Dios* (11)? Dios llama al “esclavo de la inspiración” a dejar de serlo, para convertirse en cocreador, en colaborador de confianza —hijo,

amigo, heredero— del Artista universal, ejecutor de su “inspiración” en la tierra. Este artista no pone la confianza en su capacidad creativa, sino en su “inspirador”. Y aquí se abre la posibilidad de devolver al acto creador su naturaleza de servicio: que el artista asuma su función de iluminador, más que su reputación de “iluminado”; que asuma el orgullo santo de experimentar que Dios nos crea y, a renglón seguido, nos hace interlocutores suyos.

Del mismo modo que la actividad del artista es participación en el don de sabiduría en cuanto a su inspiración, está llamada a ser participación en la acción providente, o Providencia de Dios, en cuanto a su operación. En la medida que el trabajo del artista colabora al embellecimiento del ser, a su identificación con la Belleza —y por tanto con Dios— se puede decir que su acción coopera en dar al universo su forma final —expresión de gloria divina— que es el objeto de la acción providente. Sin embargo, dado que el hombre es libre y está sujeto a las imperfecciones propias de su condición temporal, el artista puede ser o no un buen colaborador, peligro que debiera moverle a la constante reflexión acerca de su obra. El artista debe tener siempre presente cómo la deficiencia de la humana providencia influye en su personal colaboración a la formación final del universo.

Escrivá corrobora su personal confianza en la capacidad del corazón humano para ser portador de la Sabiduría de Dios valiéndose de una cita de Orígenes: «mirad que no es pequeño el corazón del hombre, pues abraza tantas cosas. Medid esa grandeza no en sus dimensiones físicas, sino en el poder de su pensamiento, capaz de alcanzar el conocimiento de tantas verdades. En el corazón es posible preparar el camino del Señor, trazar una senda derecha, para que pasen por allí el Verbo y la Sabiduría de Dios [...]» (12).

### **El ejercicio de la sabiduría**

En lo que constituye el campo de ejercicio de mi actividad profesional compruebo que, por su capacidad de fotogenia, el cine tiene un poder sacralizador mayor que el de otras artes: corresponde a su naturaleza el despertar fascinación por lo humano y por lo cotidiano. Si un hombre corriente se convierte en tema de un cine de calidad, la proyección de sus valores, en medio de circunstancias habituales, se constituye automáticamente en gesta heroica para la contemplación de la audiencia (13).

También en este sentido ofrece a San Josemaría el arranque para una argumentación de la temática del arte cinematográfico cuando ilustra acerca de cómo hacer presente a Dios a través del cuerpo. El cine, al ser el arte de la representación del cuerpo y de la acción humana, ofrece la posibilidad de hacer accesible al hombre representado como imagen y semejanza de Dios (14).

Como ya señalara el Concilio Vaticano II, «nuestra época tiene necesidad de esta sabiduría más aún que los siglos pasados, para que todos sus nuevos descubrimientos sean más humanos. Está en peligro, en efecto, el futuro del mundo a no ser que sean suscitados hombres más sabios» (15). Cuando quien ha recibido ese don lo cierra a la luz de lo sobrenatural, lo centra orgullosamente en el hombre y en los logros del esfuerzo humano, la sabiduría se torna en terrena, animal y diabólica y en vez de ejercer su capacidad para comunicar la dimensión sagrada de las cosas, se convierte en un subrayador de la dimensión sórdida, pues, en definitiva, lo sórdido o lo sagrado no proceden sino de una misma realidad iluminada de forma distinta.

San Josemaría nos enseña cómo para sacralizar las circunstancias cotidianas es preciso vivirlas desde la oración: «os libraré de la cautividad, estéis donde estéis. Dejamos de ser esclavos con la oración. Nos sentimos y somos libres, volando en un epitalamio de alma encariñada, en una canción de amor, hacia ¡la unión con Dios! Un nuevo modo de existir en la tierra, un modo divino, sobrenatural, maravilloso. [...] Entonces el alma encuentra la paz en las cosas que vienen de fuera, que no le son estorbo; que son, al contrario, vereda y escalón para acercarse más y más, y más y más unirse a Dios» (16).

Y quizá resulte pertinente terminar con la plegaria que dirige a Dios el artista consciente del origen de su verdadera vocación, y que Escrivá empleara en diversas ocasiones como petición de un hombre entregado a construir el templo de Dios por medio de las circunstancias cotidianas de la vida corriente: «Oh Dios... que con tu palabra hiciste todas las cosas, y en tu Sabiduría formaste al hombre para que dominase sobre tus criaturas, y para regir al mundo con santidad y justicia... Tú me ordenaste construir el templo en tu monte santo, trasunto de la morada santa que Tú ya habías preparado desde los principios... Envíame tu Sabiduría para que asistiéndome en mis trabajos conozca lo que te es agradable y me mantenga dentro de tu gloria» (17).

Isabel de Azcárraga es guionista y profesora de guión cinematográfico y televisivo en la Universidad Antonio de Nebrija de Madrid y profesora visitante en el departamento de estudios fílmicos de la universidad de Nueva York.

## Notas

(1) Ex. 28, 1-4.

(2) Ex. 31, 2-11.

- (3) Muestra de ello es el hecho cronológico de que la pérdida de objetividad del arte tuviera lugar justo después de la pérdida de objetividad ética.
- (4) Gombrich, uno de los principales teóricos e historiadores del arte del pasado siglo, hablaba de cómo, en el ejercicio de la crítica de arte, la moral y la estética confunden su vocabulario, porque ambas experiencias están radicalmente unidas en la intimidad del ser humano. Cfr. E.H. Gombrich, *Arte e ilusión: estudio sobre la psicología de la representación pictórica*, Gustavo Gili, Barcelona 1982.
- (5) J. Echevarría, *Memoria del Beato Josemaría Escrivá*, Rialp, Madrid 2000, p. 286.
- (6) Lo “sagrado”, en este contexto, debe entenderse como la participación en el misterio, como aquello que a un tiempo me penetra y me sobrepasa. Experimento como sagrado aquello que me despierta, me nutre y conmueve lo más hondo de mi ser, y al mismo tiempo soy incapaz de encerrarlo en un pensamiento o de agotarlo en un solo acto. Es como la fusión de la distancia más irreductible y de la intimidad más absoluta: algo que el respeto me impide tocar pero que ejerce una llamada irrenunciable en lo más íntimo de mi alma. Es la suerte de abismo que me invade, por ejemplo, ante la belleza de una obra de arte.
- (7) Parafraseando a San Josemaría que sugería hacer arte de la vida corriente y rimar endecasílabos, verso heroico, con la prosa de cada día.
- (8) Esta sabiduría, a diferencia de la ciencia humana, no conoce la excelencia de las cosas por sus causas próximas y mediante el razonamiento, sino que accede a sus últimas y más altas causas y es capaz, a través de esa intuición, de dignificar y sacralizar las manifestaciones próximas: porque entiende su Verdad, su Bondad, y su Unidad, es capaz de materializar la comunicación de su dimensión sagrada.
- (9) Kierkegaard sustentó una propuesta similar al otorgar a ciertas actividades creadoras de la vida cotidiana del hombre un valor estético superior al que albergan las obras artísticas. Cfr. S. Kierkegaard, *Estética y ética en la formación de la personalidad*, Nova, Buenos Aires 1955.
- (10) Juan Pablo II, *Carta a los artistas*, Roma 1999.
- (11) Cfr. *Amigos de Dios*, 23-38.
- (12) Orígenes, *In Lucam homiliae*, 21 (PG 13, 1856), citado por J. Escrivá de Balaguer, en la homilía “Porque verán a Dios”, en *Amigos de Dios*, 178.
- (13) En este sentido, el Papa ha subrayado la responsabilidad que tienen los hombres del mundo del cine: «El hombre tiene la propensión natural a vivir en paz y armonía con Dios, con los demás hombres, consigo mismo y con toda la creación. Si el cine se hace intérprete de estos valores, puede convertirse en lugar de reflexión, de llamamiento a los valores, de invitación al diálogo y a la comunión.

Es necesario que el hombre, en su compleja y misteriosa realidad, se convierta en sujeto de referencia de un cine de calidad, que proponga cultura y valores

universales. Se trata, de un cine que tenga en cuenta al hombre, todo el hombre, uno e indivisible; pues de lo contrario, si sólo presta atención a algún aspecto de la impresionante complejidad del ser humano, acaba inevitablemente por ser reductivo y deja de desempeñar un servicio cultural de provecho.

Los diferentes lenguajes cinematográficos ofrecen un tesoro incomparable de medios expresivos para representar los diferentes campos en los que el ser humano se sitúa, interpretando su imprescindible vocación a la belleza, a lo universal y a lo absoluto. De este modo, el cine puede contribuir a acercar a las personas alejadas, a reconciliar personas enemigas, favorecer un diálogo más respetuoso y fecundo entre diferentes culturas, indicando el camino de una solidaridad creíble y duradera, presupuesto indispensable para un mundo de paz». (Juan Pablo II, *Jubileo del mundo del espectáculo*, Roma, diciembre 2000).

(14) Cfr. J. Escrivá de Balaguer, "Porque verán a Dios", en *Amigos de Dios*, 175-189.

(15) Concilio Vaticano II, *Gaudium et spes*, n. 15.

(16) *Amigos de Dios*, 297 y 310.

(17) Sap. IX, 1-12.

**Actas del Congreso "La grandeza de la vida corriente", Vol. XIII *Creatividad artística*, EDUSC, 2003.**